

García Lorca, gracia y muerte

Juan Marinello

.....

Una bala fascista, de las muchas que se disparan hoy al corazón de España, ha silenciado para siempre la cabeza milagrosa de Federico García Lorca. Ya se ha dicho lo que nos ha quitado, al asesinarlo, la furia cavernaria. En todos los pechos honrados, se ha erguido una ira dolorosa; en las pupilas limpias ha aparecido el poeta quieto, sangrante, rígido, amortajado por su Granada entrañable.

Mi dolor, mi creciente indignación ante el hecho monstruoso, no ha podido borrar la imagen vívida del poeta. Para mí, Federico García Lorca no entrará jamás en la sombra. Yo no puedo recordarlo —revivirlo— sino en sus días radiantes de La Habana, en el triunfo indefectible de su gracia. Cuando nos abrazamos largo y fuerte en el muelle habanero lo di por perdido, por acabado en aquella su presencia numerosa, cálida y rica. Federico quedaba en el barco que lo devolvía a la ausencia, todavía cercano a nuestro tacto, hijo de nuestros ojos, pero ya un recuerdo presente. Imaginar su vuelta, su cercanía, su cambio, hubiera sido traicionar el recuerdo y

romper aquella peregrina unidad que nos lo había entregado como un momento lúcido de nuestra juventud ansiosa.

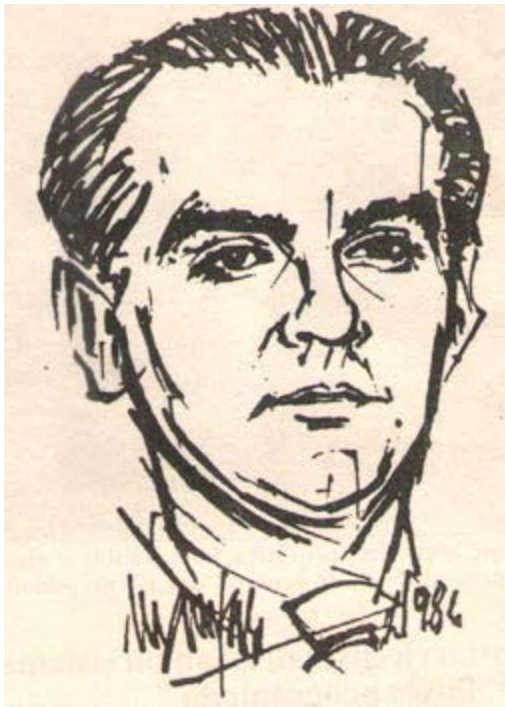
Federico García Lorca se nos dio en La Habana en toda su medida. Yo he tenido siempre la sospecha de que sólo los cubanos le vieron al poeta el tamaño entero. Llegaba en un instante radioso. Su juventud tocaba un momento cargado de anticipada madurez; sus tentáculos líricos se movían desvelados en una firme agilidad buscadora de sendas y laberintos. Toda la vitalidad ingenua y sabia del hombre y del poeta se derramaba desesperadamente sobre el criollo. Cuba era para su sed como una Andalucía desgarrada y gritadora, como su niñez, encontrada al fin. Cuba excitaba su potencia y se gozaba en agotarla. El ritmo gitano de su sangre se trenzaba en el galope de la sangre negra. El cante jondo —gran pasión suya— se adormía en los vaivenes del son afrocriollo:

Quando llegue la luna llena
iré a Santiago de Cuba,
iré a Santiago
en un coche de aguas negras.

Iré a Santiago
cuando la palma quiere ser cigüeña
y quiere ser medusa el plátano.

Iré a Santiago
¡Oh Cuba! ¡Ritmo de semillas secas!
Iré a Santiago.
¡Oh cintura caliente y gota de madera!

Cuba fue para García Lorca el contraste violento, liberador, necesario para sacar a luz todas las esencias del hombre y del poeta. Por lo cubano lució su españolismo sangrante, porque al distenderse al sol antillano, al tocarse libre y feliz en su grito y en su carne, le salió el latido más recóndito de su raza. Aquella extravasación violenta, aquel renacimiento en sí mismo lo situó definitivamente. Por ello, quedó distante, extranjero a muchos ojos cubanos entur-



biados de localismo y a muchos ánimos moldeados, esclavizados por la atmósfera isleña. Eran precisamente, ánimos y ojos que formaban el conjunto, distinto, agresivo, que exaltó y reveló al poeta. Los que estaban en el espíritu y en la circunstancia del artista, los que entendían su aliento tradicional y le conocían de antes la entraña inquieta de miedos y presagios; los que medían la obra del medio sobre la voz del poeta y el pulso del hombre, gozaron un espectáculo impar. La luz de aquella gracia nos vedó de una vez esta sombra de ahora. No podemos imaginar al poeta desfigurado, manchado por la muerte. García Lorca nos enseñó la gracia de la Muerte, nos enseñó a ver la Muerte –sus Muertes– como compañeras de senda y laberinto, como deidades familiares coronadas de pámpanos sangrientos, como rectoras lejanas de toda adivinación lírica.

La gracia de la vida es en García Lorca ciencia de la Muerte. Sin el guiño afilado de la herida mortal no puede entenderse la poesía garcíalorquiana. Es como el fondo animador de sus poemas, como la ganga invisible que los empina y sustenta. La gran fuerza lírica del cantor granadino infundió alma a varios modos de Muerte, a varias Muertes, hermanas rencorosas, hechas de una misma sustancia desolada y tiránica. Detrás de sus héroes populares, de su multitud supersticiosa y descreída, sigilosa y pinturera, atisba una Muerte cariciosa y falaz, elegante y ambigua. Brillan sus ojos en la carabina de sus contrabandistas, en los puñales de sus conjurados, en las calaveras de plomo de sus guardias civiles, en los senos sangrientos de Olalla, en la herida del bandolero que, desangrándose, sube a besar a la hija del compadre

bronco, en el perfil numismático de Antoñito El Camborio... Hay otras Muertes en los versos de García Lorca. Hay la Muerte sabia, solemne, aristocrática, del catolicismo español; la Muerte de latings tétricos que se adelanta a la esperanza y se refugia en retóricas escolásticas o en deliquios místicos; la Muerte teológica de la Oda al Santísimo Sacramento.

Ambas Muertes, la mundana y la religiosa, la popular y la culta, la que llora con los hombres y la que juzga el llanto de los hombres se fundían en el españolismo universal y profundo de García Lorca. De ahí su fuerza. De ahí aquella calidad firme en lo popular y aquella gracia de entendimiento en lo erudito. De ahí aquel juego de audacia con lo humano y lo divino. Recuerdo muy vivamente una noche habanera en que hablábamos sobre este juego magistral. Reconoció conmigo el poeta que había un modo español de ver la vida que arrancaba del modo peculiar de entender, de sentir la Muerte. De ello viene, decía, que gentes de otros climas, de otras razas, para los que la Muerte es cosa sin tragedia ni dimensión, no penetren jamás lo más hondo y singular de la lírica española de todos los tiempos. Porque mis versos, agregaba, no son otra cosa, lo mismo en lo popular que en lo religioso, que la continuación de un camino que viene andándose hace siglos... Cada hombre, terminaba—y ahora me es como nunca preciso su gesto amplio y excesivo— tiene un modo de ser hombre, malo o bueno. El que rompe ese modo, que le viene en la sangre, es un descastado... Por eso ya despreció decisivamente a Eugenio D'Ors... No hace mucho lo encontré en Madrid. Al saludarle, le pregunté, según

lo usual, por su salud. Me contestó con los labios apretados (y Federico remedaba el hablar d'orsiano), que sentía cierto malestar porque en aquella misma mañana había enterrado a su padre... Quien así entiende la Muerte, cerraba el poeta, ni entiende a España, ni a lo que no es España...

Ahora, las Muertes rectoras de su obra velan la cabeza del poeta, muda y destrozada por la insania fascista. Para mí sigue vivo, defendido en su Gracia. Un día le oí decir: Yo no soy un poeta ni un hombre, yo soy un pulso herido que ronda las cosas que están del otro lado... En esa adivinación está su vida eterna. De haber muerto en su cama, anciano glorioso, hubiera quedado presente, inmortal, en su verso, nuevo de siglos. Ahora quedará, además, como una señal imborrable de la ira acorralada de un mundo injusto, como la marca de una furia infernal dada a la destrucción del hombre. Y también como un momento de la España popular, de la España verdadera, que halló en sus romances expresión fidelísima y encuentra ahora en su muerte ocasión para honrar a su cantor con una heroicidad imponderable.

De: REPERTORIO AMERICANO,
XXXII, 19, 21 de noviembre de
1936, p. 296.